

**LA IMAGEN DE ESPAÑA EN LAS AGUAFUERTES ESPAÑOLAS  
DE ROBERTO ARLT**

**Gladys Granata de Egües**  
*Universidad Nacional de Cuyo*

*Resumen*

*En la vida de Roberto Arlt, el periodismo ocupó un lugar de preeminencia como medio de vida, como expresión de ideas y como vehículo para reflejar la intrahistoria ciudadana. Si bien el mayor volumen de Aguafuertes están dedicadas al hacer y acontecer porteños, una buena cantidad fueron escritas como crónicas de viaje. Entre febrero de 1935 y mayo de 1936 Roberto Arlt concretó su ansiado viaje a Europa en el cual recorrió ciudades de España y África. Desde los distintos lugares que visita manda sus artículos al diario El Mundo con el nombre de Aguafuertes españolas. El propósito de este trabajo es relevar en este conjunto de escritos - que constituyen una colección de artículos político-costumbristas a la vez que un diario de viaje del autor- la idiosincracia española en los prolegómenos de la Guerra Civil, a través de la mirada perspicaz e irónica de este extranjero.*

**Introducción**

En la vida de Roberto Arlt, el periodismo ocupó un lugar de preeminencia como medio de vida, como expresión de ideas y como vehículo para reflejar la intrahistoria ciudadana. El fruto de sus reflexiones y observaciones de y sobre la vida cotidiana son sus *Aguafuertes*, breves escritos donde monta sobre el esqueleto del costumbrismo impresiones, ideas y denuncias. Si bien el mayor volumen de *Aguafuertes* están dedicadas al

hacer y acontecer porteños, una buena cantidad fueron escritas como crónicas de viaje. Entre febrero de 1935 y mayo de 1936 Roberto Arlt concretó su ansiado viaje a Europa como cronista del diario *El Mundo* y recorrió ciudades de España y África. Desde los distintos lugares que visitó mandó sus artículos con el nombre de *Aguafuertes*, continuando con un tipo de columna que ya lo había hecho famoso. (Recordemos que desde 1928 venía publicando sus notas con ese marbete y, desde unos años antes se ejercitaba en este tipo de artículo costumbrista-sociológico-político, aunque se publicaban sin su firma).

El 14 de febrero de 1935 Arlt se embarcó a Europa y desde allí envió a *El Mundo* sus casi 200 crónicas que en conjunto constituyen un verdadero diario de viaje en el que queda consignado el recorrido -descrito desde su particular punto de vista-, las aventuras (por ejemplo, una salida al mar en una trainera para experimentar lo que hacen y sienten los pescadores), su relación con los españoles y su opinión sobre todo lo que veía y escuchaba.

Fruto de su estadía en la Península son, también, una cantidad de cartas que aparecieron en el diario simultáneamente con las *Aguafuertes* y más de 30 cuentos inspirados en esos, para él, nuevos paisajes y gentes. A los artículos los tituló *Aguafuertes españolas, asturianas, vascas y madrileñas* y las publicó entre el 8 de abril de 1935 y el 1 de julio de 1936, casi diariamente.

Las llamadas *Aguafuertes españolas*<sup>1</sup>, según consta en el título de la recopilación de 1936 y en el apéndice del libro de Sylvia Saítta, *El escritor en el bosque de ladrillos*<sup>2</sup> están referidas, sobre todo, a las impresiones recogidas en su recorrido por el sur de España. La primera tanda de 61 artículos apareció entre el 8 de abril y el 29 de julio de 1935. Los dos meses siguientes los pasó en África (desde donde envió sus notas con el nombre de *Aguafuertes africanas*) y, a fines de agosto regresó a la península y permaneció en el sur hasta mediados de setiembre. De este lapso son 20 notas más que aparecieron en el diario porteño entre el 22 de agosto y el 17 de setiembre del mismo año.

Luego su viaje habría de continuar por las tierras del norte español, Madrid y Barcelona, desde donde remitió cerca de 100 *Aguafuertes* más.

El propósito de este trabajo es relevar en las *Aguafuertes españolas* - que constituyen una colección de artículos político-costumbristas- la idiosincracia de los habitantes del sur de España en los prolegómenos de la Guerra Civil, a través de la mirada perspicaz e irónica de este extranjero. El trabajo lo realizaré con el texto de la primera compilación de estos artículos que data de diciembre de 1936, debida a Lorenzo Rosso, en Buenos Aires,

en los Talleres Gráficos Argentinos. Este volumen recoge la primera parte de las *Aguafuertes españolas* aparecidas en *El Mundo*, ordenadas en capítulos que funden varias, presentadas cronológicamente y según los lugares que recorre el cronista.

El trabajo sobre esta versión supone considerar algunas variantes con respecto a las publicadas en el periódico que, creo es pertinente consignar: esta recopilación rompe, en cierto sentido, la estructura con que fueron concebidas las *Aguafuertes*, por cuanto el espíritu de instantánea que se traducía en su brevedad (requisito indispensable para su publicación en un periódico) queda desvirtuado y, también se desdibuja el tema puntual de cada una al mezclarse con el de las siguientes. Sin embargo, la impronta ensayística, característica esencial del artículo de costumbres periodístico, permanece inalterada por la presencia del yo que discurre y expone sus ideas, no científicamente sino a la manera de opinión frente a una circunstancia concreta; por su carácter ocasional que lo consagra como “un verdadero relato de las circunstancias en las que el autor se encuentra mientras escribe y medita”<sup>3</sup>; y por la alternancia entre prosa argumentativa, narrativa y descriptiva, condicionada por el tema y, aventuro, por la situación emocional del escritor.

### **Las Aguafuertes españolas**

Fiel al espíritu que cultivó en las *Aguafuertes porteñas*, estos artículos están dedicados a aquellos aspectos de pueblos, ciudades y habitantes en los que se trasunta la cotidianeidad, con todos sus costados positivos y negativos y, a veces, a la descripción de un monumento o una catedral que por la minuciosidad de los detalles consignados o por el énfasis y extensión que le asigna el autor, podemos deducir que lo impresionaron particularmente. No coincido con David Viñas cuando las califica de “postales”<sup>4</sup> porque no las alienta el espíritu turístico, porque no son estáticas -algunas son verdaderos lances novelesco- y porque, en definitiva, no le interesa al autor hablar o mostrar lo canónicamente aceptado como bello o “turístico” de un lugar. Tendríamos, en todo caso que hablar de anti o mejor de contrapostales porque, salvo en algunos casos como puede ser la descripción de una catedral, Arlt se detiene en mostrar, describir o narrar justamente lo que no es turístico e, incluso, en abominar, como veremos, de lo que aparece consagrado como tal. El volumen se abre con unas palabras de Arlt a don Antonio Manzanera:

Cuando yo iba a emprender viaje hacia la tierra de Sancho y el Quijote, sin mediar ninguna amistad entre ambos, tuvo usted la gentileza de regalarme una guía gorda, “La península y sus colonias”, más un bulto de cartas de presentación, que jamás utilicé en España, porque allí todos se parecen a usted, mi querido amigo: sin conocerle, le reciben a uno con los brazos abiertos<sup>5</sup>.

Esta introducción predispone al lector a encontrar una imagen positiva y optimista de España y, sin embargo, sus opiniones van a ser si no negativas, bastante descarnadas, en algunos casos desoladoras y en otras verdaderamente sorprendentes.

El primer choque, apenas llegado a España, se produce entre su imagen de Cádiz construida culturalmente, elaborada a partir de lecturas, fotografías y música, con lo que ve, ubicado ahora en la geografía desnuda, sin que medie el embellecimiento artístico. La situación social española de este momento tan particular de su historia (recordemos que estamos en las puertas de la Guerra Civil), le golpea y entonces el paisaje se desdibuja tras las multitudes de overall azul, tan alejadas de los mantones y las panderetas turísticas. Arlt que sabe mirar a la gente y que tiene un instinto especial para detectar la pobreza y la sordidez, deja constancia en unos crudos números del terrible problema de desocupación laboral que azota a la región.

Una multitud humana que desemboca de calles de tres pasos de ancho, oscuras y lóbregas. Esta multitud que colma el ancho de las calzadas, que llena las veredas a pesar de ser día domingo, viste limpio traje azul de mecánico... Comienza a flaquear el entendimiento. las ideas hechas, librecas se desmoronan... Gorras, alpargatas, caras proletarias. (Después me entero que en esta población de 80.000 habitantes hay 16.000 desocupados). ¿Esto es Cádiz? Usted cierra los ojos y trata de tararear la música de Albéniz. Luego abre los ojos, y caras de trabajadores. Multitudes de trabajadores. Mujeres sin sombrero ni mantilla<sup>6</sup>.

Las calles de la ciudad se le transforman en lóbregos pasadizos que son “como el camino de las celdas de una termitera”<sup>7</sup>. Esta descripción está muy lejos de ser pictórica y más lejos aún de provocar un sentimiento grato. Muy por el contrario, a medida que el lector avanza en su lectura, una sensación de opresión lo va ganando, el mismo del cronista que está desesperado por encontrar la luz del sol o el espacio abierto, para poder explayar la mirada sin que la acoten esas altas murallas que flanquean las calles estrechas. Sin embargo, la tensión y el desagrado ceden cuando entabla relación con la

gente del lugar, en la que descubre una idiosincracia alegre y cantora que no termina de entender:

En las ochavas de las esquinas... brotan canciones, tarareos lentos... Los mendigos piden cantando... Y en las calles estrechas, el canto resuena y llega lejos, y deja en el entendimiento una alegría acongojada... Paso por una tasca: bordalesas de vino al soslayo de un reflejo, y una voz que canta... Me explicaría semejante alegría en un pueblo en el que la prosperidad estuviera en auge, pero aquí, en Cádiz, no la comprendo. Estos que cantan son desocupados y desocupados enérgicos<sup>8</sup>.

La prosa impresionista y de opinión deja paso a la erudición cuando describe la catedral de Cádiz frente a la que no puede ocultar su admiración. Entonces el estilo se vuelve sobrio, y por momentos poético para describir el monumento en el que descubre, sobrecogido, el espíritu religioso del español.

El camino de Cádiz a Barbate, siguiente destino de su viaje, está elaborado sobre la yuxtaposición de escenas costumbristas, muy pictóricas, armadas con breves pinceladas cuidadosamente elegidas.

Mujeres que toman café en las veredas de San Fernando. Carabineros con el fusil a la espalda, guardiaciviles de uniforme aceitunado, correa amarilla, vueltas de las bocamangas rojas, bicornio negro... un asno rebuzna su melancolía establera, cacarean algunos gallos, un mendigo hijo y nieto de mendigos, pasa con la guitarra tañendo un fandanguillo, un niño pide una perra, y adelante<sup>9</sup>.

Los espacios abiertos, el campo y, sobre todo, el cielo ejercen sobre Arlt una particular atracción; prueba de ello son en sus descripciones las continuas referencias que hace a los pájaros, las nubes, la luz, el sol. La descripción de personas en su ambiente da como resultado un cuadro completo y dinámico que recuerda las descripciones de los noventayochistas, me refiero sobre todo a Valle Inclán -mal que le pese a Roberto Arlt (recordemos que desdeña el estilismo del poeta gallego al que califica de "chocarrería tabernera")- y a Azorín.

... primeras ondulaciones de las colinas tras las hileras de pinos; arroyos delgados con puentes antiguos de piedra que ligan una orilla a otra con el arco romano; campesinos andaluces, montados cerca del

rabo del asno, con sombrero de copa alta y anchas alas rígidas y planas. Nubes de golondrinas cruzan lo quieto del cielo<sup>10</sup>.

La llegada a Barbate, una aldea lóbrega, pobre y maloliente rompe el lirismo del paisaje anterior y cambia la prosa descriptiva por la narrativa. Su finalidad es escribir sobre la vida de los pescadores, su labor y rutina y, para ello, decide embarcarse en una trainera. El viaje le sirve no sólo para contar su aventura, bastante desgraciada, por cierto, sino para hablar del oficio y denunciar las condiciones elementales en las que trabajan estos hombres, por un salario miserable:

... pienso que es necesario hablar de la brutalísima vida de estos hombres de la mar. Sólo otros hombres trabajan más ferozmente arriesgados que estos: los mineros. Pero mineros, campesinos y pescadores son la gloria proletaria de España, la violencia inextinguible que no puede ahogar el homicida fusil de la guardia civil<sup>11</sup>.

Pero, tal vez y sin quererlo, cuando cuenta cómo se pensó en reemplazar a los mozos del Tercio, deja consignada una actitud del hombre español que más allá de las políticas y de los gobiernos, explican el atraso: me refiero a la resistencia al cambio y el apego a las mal llamadas tradiciones, como ya denunciara un siglo antes Mariano José de Larra, en sus *Artículos de costumbres*.

De la aldea marina pasa a Vejer, la aldea agrícola. Arlt se sorprende por el contraste entre el carácter de los habitantes de uno y otro lugar, a pesar de la corta distancia que los separa: la situación de las mujeres -más libres las del puerto, llena de atavismos moros, la del campo- el talante poco expansivo de los lugareños. De pronto y cuando parece que va a entrar de lleno en el tema de las políticas agropecuarias y sus nefastas consecuencias sobre estos pobladores, cambia de tema y comienza a hablar de los molinos de viento y, entonces, hace una descripción minuciosa de su arquitectura y funcionamiento, multiplica las referencias a Cervantes, a Wells y a los antiguos moros, y manifiesta su gusto y admiración al contemplar el grupo de labradores esperando la molienda.

La siguiente sección del volumen corresponde a las *Aguafuertes* que Arlt escribiera en ocasión de la Semana Santa en Sevilla. Se podría decir que son las más costumbristas de todas y están dedicadas a contar los preparativos, la llegada de los forasteros y el desfile de los 80 Pasos de las 40 Cofradías. La descripción es dilatada, rica en detalles, pero Arlt no puede

con su genio y junto a lo grandioso muestra lo bajo y prosaico. En este caso, la observación sociológica, hecha con bastante humor, se limita a la mezcla de cristianismo y paganismo que encierran estas ceremonias, a la confusión ideológica que manifiestan y a la que los lugareños no otorgan ninguna importancia.

Semana Santa en Sevilla, es fiesta religiosa y es fiesta pagana. En su cumplimiento se observan las anomalías más extraordinarias. En el año 1933, la Virgen de Triana llamada Nuestra Señora de la Estrella, fue sacada en procesión por los comunistas de aquel barrio; y ahora, muchos la apodan “la Virgen comunista”, lo cual es verdaderamente antidualéctico. Pero al pueblo andaluz no le interesan estos bizantinismos<sup>12</sup>.

Un capítulo aparte merece el relato que hace del desfile de las mujeres que, como si fueran un paso más, atraviesan la ciudad envueltas en sus mantillas, dejándose admirar por los hombres que, según Arlt, “en esta circunstancia adoptan una pose de zánganos contemplativos”. Con imágenes coloridas y sensuales habla de la belleza de las andaluzas que ese día, su día, abandonan el encierro mahometano a las que su cultura las ha condenado y ganan las calle.

Hay un instante en que la sensibilidad se embota, fatigada, por la rapidísima sucesión de tanta hermosura. Porque no son ni cien ni mil, sino varios miles de mujeres, todas las mujeres de Sevilla, en la calle, a la misma hora, con el mismo traje, la misma peineta, la misma manta, los mismos claveles. Forman grupos de estatuas enlutadas, perfumadas que caminan, volviendo al soslayo los ojos relampagueantes, los arcos de las cejas como trazados con un compás, la frente abombada, la mantilla flotante en torno a los hombros. La admiración vuela hacia ellas con ingenio gitano<sup>13</sup>.

La última sección del libro está dedicada a Granada. La mayoría de estas *Aguafuertes* tienen como tema los gitanos y la descripción de las cuevas donde viven. Piedra blanca, calor, sequedad, pencas espinosas son las notas de este paisaje exterior que contrasta con la frescura y oscuridad de las cuevas donde habitan gitanos miserables y hospitalarios. El primer acercamiento a las gitanas del Sacromonte le produce un inocultable rechazo, no solo por la fealdad de estas mujeres, sino por su estudiada actitud de atracción turística. Y, si bien reconoce que a la distancia conforman un cuadro por demás pintoresco y que bailan muy bien, le

repugna la industria creada a su alrededor: la cueva especialmente acicalada para los turistas, el baile por quince pesetas, el maquillaje y la vestimenta para la ocasión. Todo este contenido está puesto en situación de narración mechada con los diálogos -nada amables- que mantiene con las distintas gitanas con las que se va cruzando. Si embargo, en las siguientes *Aguafuertes* nos vamos a encontrar a nuestro cronista hablando con distintas gitanas que ya son personajes, tienen nombre (mejor, sobrenombre) y una historia que contar: La Golondrina, La Chata, la Víbora. Se queda con ellas porque le “atrae la salvaje existencia de esta gente en un paisaje ríspido y caliente”, muestra su idiosincracia, esa que los ocasionales visitantes no podrían descubrir nunca y se apasiona con los odios, antipatías y envidias existentes entre ellos, cuando descubre que el único lazo que los une “no es la solidaridad racial, ni la simpatía, sino el interés”. Su “Diálogo extraordinario con Lola la Chata” -título de una *Aguafuerte*- es una historia puesta en diálogo de la vida y vicisitudes de esta gitana muy siglo XX que es propietaria de dos cuevas, que sabe de modistos, que ha viajado a Madrid y trabajado en un cabaret y que finalmente ha vuelto al Sacro Monte y ha explotado, con inteligencia, el arte de la gitanería y la mendicidad.

Habla la gitana y yo pienso: Si un autor situara este diálogo inverosímil y auténtico en una de sus obras, posiblemente, los críticos teatrales y los otros de gabinete le dirían que estaba loco o que no había puesto los ojos jamás en el Sacro Monte<sup>14</sup>.

Sorpresa, indignación, curiosidad, comprensión y, finalmente, admiración son progresivamente los sentimientos por los que atraviesa el cronista, a medida que va adentrándose en este mundo tan autónomo, tan lejano y tan cercano del suyo propio. Es que se nota la comunión de su espíritu rebelde y marginal con estos seres que escapan de los moldes instaurados y que se manejan con leyes que poco o nada tienen que ver con las socialmente impuestas. Los textos dedicados a los gitanos, más allá del costumbrismo que contienen, se pueden considerar casi relatos de aventura: son parejos en su construcción con el episodio de la trainera, por ejemplo.

Un párrafo aparte merecen las descripciones de La Alhambra y la Alcazaba. Estos monumentos que deslumbran, o que la mayoría sostiene que deslumbran, le provocan disgusto y decepción, incluso llega a sostener que lo que verdaderamente constituye un espectáculo es la cara de desilusión de los turistas. Con un humor provocativo, políticamente incorrecto, “pour épater le bourgeois”, explica la fama y la gloria, inmerecida para él, de estos lugares.



El volumen se cierra con dos *Aguafuertes* de tono ensayístico que funcionan como síntesis y cierre de su experiencia andaluza. La primera referida a la mendicidad existente en Granada denuncia, tal vez hiperbólicamente y con una buena dosis de ironía, el estado de indigencia en que se encuentra el pueblo español por esta época y de cuya veracidad el mismo Arlt deja constancia en los últimos renglones del artículo, con una cita entrecomillada:

... el *ABC*, periódico madrileño, que no tiene absolutamente ni un pelo de liberal, ha comenzado a publicar una serie de notas terroríficas sobre la miseria de España, en la cual hay pueblos que viven de manera infrahumana<sup>15</sup>.

La última “Psicología de la masa española” dibuja lo que para él, y de acuerdo a la experiencia vivida, son las características del español del sur: espontáneos, sanos, cabales, sin complicaciones existenciales, más allá de la psicología. Conocerlos le ha ayudado también a comprender su literatura y a explicarse por qué España no tiene un Dostoievsky o un Joyce, “escritores nerviosos engendrados por las epilépticas civilizaciones de Londres, Leningrado o Dublín”<sup>16</sup>.

Un escritor refleja la realidad social, y la realidad social de la masa española es sencilla en lo que atañe a su vida psicológica. Al menos en el sur que es lo que yo conozco de España<sup>17</sup>.

### **Conclusiones**

Costumbrismo, crónica, subjetividad en estado puro frente a lo nuevo, interpretación y opinión sobre una realidad que paulatinamente deja de ser ajena, visión objetiva por intuitiva y extranjera, todo esto, contradictorio y mezclado, está presente en las *Aguafuertes españolas*. Arlt llega a la Península en un momento clave de su historia y al decidirse a bucear en su “intrahistoria” nos ofrece un mosaico vívido y veraz de la España de anteguerra.

---

**NOTAS**

- <sup>1</sup> Roberto Arlt. *Aguafuertes españolas*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1936.
- <sup>2</sup> Sylvia Saítta. *El escritor en el bosque de ladrillos*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- <sup>3</sup> María Elena Arenas Cruz. *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, p. 211.
- <sup>4</sup> David Viñas. "Las *Aguafuertes* como autobiografismo y colección". Estudio preliminar al tomo II de la edición de las *Obras Completas* de Roberto Arlt, publicada en Buenos Aires, por Losada, en 1998.
- <sup>5</sup> Roberto Arlt. *Aguafuertes españolas*. Op. cit.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, p. 11, 12-13.
- <sup>7</sup> *Ibid.*, p. 15.
- <sup>8</sup> *Ibid.*, p. 19.
- <sup>9</sup> *Ibid.*, p. 24.
- <sup>10</sup> *Ibid.*, p. 24.
- <sup>11</sup> *Ibid.*, p. 36.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, p. 60.
- <sup>13</sup> *Ibid.*, p. 69.
- <sup>14</sup> *Ibid.*, p. 191.
- <sup>15</sup> *Ibid.*, p. 204.
- <sup>16</sup> *Ibid.*, p. 206.
- <sup>17</sup> *Ibid.*, p. 208.